

Juan Uribe-Echevarría

Don José Ortega y Gasset reaparece en Madrid



ON José Ortega y Gasset, vive la mayor parte del tiempo, de su tiempo, fuera de España, en Lisboa donde—según dicen—da la última ordenación sistemática a su filosofía y compone otras obras menores como el anunciado diálogo sobre los toros: «Paquiro o del Toreo».

De vez en cuando pronuncia alguna conferencia en España. En Madrid habló hace algunos años sobre temas teatrales y en San Sebastián sobre Velázquez.

El pensador español no se ha resignado a perder su clientela y ahora acaba de organizar un Instituto de Humanidades con la colaboración del profesor Julián Marías y el arabista Emilio García Gómez. Aquí dicta un Curso sobre la obra de interpretación histórica del inglés A. J. Toynbee.

La noticia de estos cursos ha electrizado a Madrid. En pocas horas se cumplieron las 500 inscripciones que toleraba el maestro e infinidad de personas debieron conformarse con los comentarios de los asistentes.

En los días que habla Ortega se produce una pequeña e inevitable reventa de entradas como ocurre en los toros y otros espectáculos deportivos.

Don José habla en el amplio salón de actos del Círculo de la Unión Mercantil, en la Gran Vía. No deja de ser curioso que Xavier Zubiri, el otro filósofo español, dicte sus cursos en «El Fénix», Compañía de Seguros.

Para la primera conferencia de Ortega—cada una de ellas vale 25 pesetas—los socios del Círculo de la Unión Mercantil quisieron entrar sin boleto, y se produjeron incidencias estrepitosas y desagradables.

La prensa se ha preocupado bastante de la reaparición del Catedrático de la Central, aunque el respeto no ha sido unánime.

Algunos diarios de la tarde han pretendido poner en solfa al autor de «La Rebelión de las Masas». Veamos, por ejemplo, un suelto de «Informaciones» que firma Josefina Carabias.

«Con don José Ortega y Gasset ha ocurrido exactamente lo mismo que con «Las Leandras», es decir que el éxito ha sido mayor, si cabe, en la segunda época que en la primera. Nuestro filósofo que en 1930 llenaba un teatro, ayer hubiera llenado un estadio». Otros periodistas le reprochan el público compuesto «por toreros, médicos famosos, notarios y registradores de la propiedad; todos los escritores de Madrid y mujeres, muchas, muchísimas mujeres. Nadie hubiera podido sospechar que hubiese tantos abrigos de visón y tantos turbantes con plumero, dispuestos a pasar dos horas entregados a la filosofía...».

Pero todo esto es ajeno al conferenciante. ¿Hasta qué punto puede tener la culpa de su público? No hay que olvidar que Madrid es ciudad de «mentideros», muy propicios al comentario malévolo.

Hemos tenido la oportunidad de asistir a las tres primeras conferencias de las doce que suman el curso. El ambiente de la primera era de gran expectación. El salón del Círculo de la Unión Mercantil de color rojo y oro, tan caro a los españoles, se veía repleto de gente. El conferenciante fué saludado con una ovación que se prolongó por varios minutos.

No es, no podía ser el Ortega que oímos en Santiago. La

voz muy fumada, ronca y lejana. Al color cetrino de su rostro del año 1926 ha sucedido un tono más rosado. Siempre muy elegante don José. La calva firmada en difícil rúbrica de pelos.

PRIMERA LECCIÓN

Ortega agradece y anuncia escuetamente que el temario de su curso de 12 lecciones versará sobre una nueva interpretación de La Historia Universal de que es autor el inglés Arnold J. Toynbee. («A Study of History»). Sigue con una breve semblanza biográfica del escritor británico que nace en 1888, estudia en Oxford; buen helenista «ya sabemos que Oxford significa, principalmente, el griego». Experto en asuntos internacionales, forma parte del Servicio de Inteligencia y publica cada año, desde 1926 un volumen donde expone la situación de los diferentes países. Desde 1934, viene publicando un voluminoso estudio histórico, del que han aparecido hasta ahora seis tomos.

Toynbee es un internacionalista profesional. Ortega se muestra escéptico con los resultados de esta nueva profesión. El internacionalismo—nos dice—ha nacido del súbito acercamiento espacial de los pueblos. No bastaban los correos diplomáticos ni los reportajes de corresponsales. Por ello se configura este tipo humano que va de pueblo en pueblo, informando al suyo de lo que ocurre, en el más amplio y pleno sentido. Estos informes recogidos en libros han sido la lectura favorita de los últimos veinte años. Ortega les niega validez por varias razones. Ocurre lo siguiente:

1.º Los hechos relatados son falsos. Sus fuentes son habladurías irresponsables; 2) Los hechos son sólo semi-falsos. No residen en los errores de hechos lo más peligroso de estas informaciones. La información anglosajona, por ejemplo, es minuciosa y seria en cuanto a hechos, pero acontece que queda otro orden de hechos sin comunicar. Los que se anotan van como sueltos, poseen sólo validez externa; 3) La enorme fe con que los países

reciben esta información les hace tener de lo que es un pueblo, una idea pública. Y los pueblos poseen también vida secreta, a la que no llega ni puede llegar el que la contempla sino el que la vive mucho tiempo. La experiencia de la vida es un saber que no queda fuera de la vida que la posee, sino que forma parte de la vida misma. Cada pueblo se constituyó contando con la lejanía de los demás. Es indudable que se ha producido la aproximación espacial pero ésta no ha sido acompañada de aproximaciones ideológicas, económicas y de otro orden.

Damos a continuación los trozos más fielmente tomados de ésta primera y notable conferencia.

«El hombre está siempre en una especial vinculación con el espacio. Quiero que noten el carácter paradójico y contradictorio de lo lejano como tal en la vida humana. Pues la verdad no es que el hombre comience por estar en lo que me es próximo, sino al contrario. Pero quizás esto parezca obscuro y yo no quiero serlo. Así como es evidente que no hay izquierda sin derecha, arriba sin abajo, tampoco hay aquí sin allí. El hombre a la vez que se siente aquí ha de estar allí; pues la próximo, lo inmediato, se nos ofrece sobre un fondo de cosas más distantes sobre un horizonte lejano. En realidad estamos en la gran lejanía que es el mundo y de ella venimos a hacernos cargo del aquí. El hombre está preso aquí y desterrado del universo. El hombre está en su tierra, como el desterrado de la suya».

«Sin prejuicios, pues, entremos en el estudio de la obra histórica de Toynbee. Su título traducido literalmente es: «Un estudio de historia». Este título es, por lo pronto equívoco. ¿Se trata de hacer una nueva historia? No. Toynbee parte de lo que ha sido la ciencia histórica. Parte de ella como un supuesto y la somete a un tratamiento de segundo grado, para ver de hallar en el caos de los sucesos algunos ritmos, leyes o contrastes que den figura y perfil al proceso histórico. Se trata de lo que hace treinta años se llamaba Filosofía de la Historia. Se pensaba que de todo se puede hacer filosofía. «Todo tiene su filosofía».

Como el azúcar; algo con que se toman otras cosas. No hay tal *Filosofía de la Historia*. La filosofía es algo cerrado y estricto que tiene sus temas y problemas».

«El hombre va haciendo su vivir y a la vez forma, sin quererlo, una idea de lo que es la vida. Hay una voz de la lengua usual que define este saber, esta idea de lo que es la vida humana, es lo que se llama «experiencia de la vida». Es un saber que no se adquiere por penosa reflexión, sino que se forma automáticamente y sin pretenderlo. Y esta averiguación forma parte de la vida; por eso ésta tiene como inconveniente el ser intransferible. Así cada generación ha de volver a adquirir desde el principio su experiencia de la vida. De la media docena de temas de alto bordo que pueden proponerse, éste de la experiencia de la vida es uno de los más graves. Se pensará que hay mucho dicho y escrito sobre él, pero no es así; se halla intacto, salvo unas líneas de mi venerable predecesor Guillermo Dilthey. La experiencia de la vida hace que ésta, la vida, se nos ofrezca con aspectos; las cosas se nos dan en rachas, buenas o malas. Se trata de aspectos, no de realidades. Sucede que al llegar a ese grado de experiencia de la vida que se adquiere hacia los cincuenta años, se tiene la impresión de que uno ya sabe todo lo de la vida. Al haber escuchado todas las melodías del vivir, se tiene ya una idea total de la vida. Y esto pasa del orden personal, al pueblo de uno, y de éste al proceso entero de la historia de todo pueblo. Un máximo ejemplo de esto es el caso del alma griega y romana al declinar el Imperio Romano, con una milenaria experiencia, todo estaba ensayado, tanto en política como en amor».

«En política esa experiencia de todo el proceso histórico se decanta en tres ideas.

1) Se tiene la experiencia de que toda forma de gobierno lleva en su interior el germen de su propia degeneración (Ortega cita el libro III de Heródoto y los libros VI y VII de La República de Platón), y es sucedida por otra a que lo propio acontece. Y se llega a la idea de un curso cíclico inevitable: Monarquía,

Absolutismo—Aristocracia, Oligarquía—Democracia, Tiranía y vuelta a empezar.

2) Tal experiencia supone otra: al no creerse en ninguna forma de gobierno se ha llegado a la desesperación política, y se inician los *tratados de política*. Aristóteles piensa que el fin de la ciencia política es conseguir la «anastasia», es decir, la falta de «stasia» o inestabilidad. La desesperación política conduce a imaginar una forma de constitución que se parezca a todas las fracasadas y no sea ninguna de ellas: así nace la idea del régimen mixto.

Al hablar de esto no quiero silenciar un recuerdo de mis años mozos, cuando recorría los suelos de España con el grande hombre que fué Alcántara, a quien no conocemos porque nada escribió, ya que la vida, como todo lo vivo, tiene la elegancia de lo fungible, de no estar ahí, y al que por eso creo que debo recordar a veces. En la comarca entre Guadalajara y Segovia, existen una serie de pueblecitos como caídos de un rosario roto, de nombres preciosos. En uno de ellos había una botica regentada desde el siglo XVII por la familia de los Morteruelos. En esta botica, como presidiéndola y en un recipiente más grande que los restantes, que alineaban en sus rótulos los nombres de toda la farmacopea, se leía: «Triaca máxima». Allí estaban mezclados todos los productos de todos los demás frascos. Se acudía a este remedio como recurso desesperado. Pues bien, algo así es el régimen mixto.

3) La tercera idea es la del desplazamiento del mando del imperio—*traslatio imperii*—geográficamente, como el sol y las estrellas de oriente a occidente: Asiria, Persia, Macedonia, etc. Este curso del imperio aún dura. Todo se vuelve más extraño cuando oímos decir a los botánicos que también ha ocurrido este fenómeno con muchas de nuestras especies vegetales.

En España da pena ver cómo nuestros nobles parece que están aquejados de una enfermedad algo más profunda que una simple epidemia, que esteriliza la especie para defenderse como tal.

Veremos otro día si esto es un mero aspecto o la verdadera figura que presenta la experiencia espontánea de la humanidad» ...

El filósofo termina su brillante exposición y el público le concede otra intensa salva de aplauso. Sus amigos lo cercan mientras fuma, en boquilla negra, un cigarrillo, el único que se permite.

Don José Ortega y Gasset es el mismo eximio pensador que nos entusiasmara en el pasado y al mismo tiempo un generoso e inigualable profesor de Filosofía.

SEGUNDA LECCIÓN

Ni los más enconados impugnadores de la obra y persona de don José Ortega y Gasset pueden negar la generosa actividad desplegada por el filósofo español en la divulgación de los más altos valores del pensamiento occidental en los últimos treinta años. Ortega creó un cuerpo excelente de traductores y comentaristas. Traídos por su mano y con anterioridad a muchos países europeos, los lectores de habla española pudieron conocer las obras de Spengler, Scheler, Wolflin, Woerringer, Bertrand Russell, Von Uexkull, Keyserling, Simmel, Waldo Frank y Frobenius.

A su poderosa capacidad de contagio intelectual se debe que el nombre de Arnold J. Toynbee—totalmente desconocido en España—centre hoy la mejor curiosidad de los madrileños.

Don José habla esta vez frente a un micrófono y dedica algunas frases melancólicas a su «inclusión en la gleba microfónica». En esta ocasión su voz llega clara y poderosa a todos los rincones de la sala.

Ortega hace un llamado al ascetismo advirtiéndole a su público que se trata de lecciones y no de conferencias.

«Ahora daré el bloque principal de las ideas de Toynbee, la exposición general de su pensamiento. Tenemos que recorrer su libro de parte a parte, sin interrupción de imágenes o hipérboles».

En la seguridad de que lo que más importa al lector en este caso, es conocer directamente las frases del conferenciante, transcribimos a continuación, entre los párrafos taquigrafiados, aquellos que me parecen más fieles, seguros y significativos.

«El otro día tuvimos ocasión de ver el libro de Toynbee; su enorme tamaño, largo, penoso, oceánico y complicado; libro por el cual es difícil y penoso navegar. Hoy nos dedicaremos a exponer la arquitectónica del pensador encontrando la forma más favorable. Este hacer nuestro supone: Primero, prescindir de las excrecencias vegetativas en las que abunda esta obra, pues a pesar de haber sido escrita en Londres, tiene un carácter tropical. Estas excrecencias no añaden nada importante a la teoría, son manifestaciones del inglés que lleva dentro ese hombre. He repetido varias veces que el imperativo de claridad es la suprema cortesía del filósofo; esto nos obliga a separar la doctrina de la obra considerada literariamente, como producción personal del autor».

«Toynbee es un ilustre representante de Inglaterra, por lo menos, en el sentido en que la cima, representa a la montaña que está bajo ella. Es una faena penosa ésta de intentar penetrar en el alma de un inglés, pero no hay más remedio que correr de arriba abajo la cremallera de este inglés, para ver lo que lleva dentro de sí, pues lo que en su pecho guarda ahora un inglés, es una cosa extraña, muy extraña».

«Según Toynbee la historia de Inglaterra no puede hacerse desde un punto de vista inglés, porque esto sería renunciar al «campo de inteligibilidad histórica» o «campo histórico inteligible». Todo el problema de la ciencia histórica estriba en encontrar estos campos. A pesar de ser la nación del «espléndido aislamiento», no es posible hacer la historia de Inglaterra ateniéndose a su exclusiva realidad, pues Inglaterra no termina en sí misma, sino que forma parte de una realidad mayor, que la comprende.

De esto tenemos la prueba si contemplamos los seis grandes capítulos principales de la historia inglesa:

- 1) Su conversión al Cristianismo hacia el año 664.
- 2) El pleno establecimiento del Feudalismo, merced a la invasión de los normandos, que fué la penetración del continente europeo en Inglaterra.
- 3) Renacimiento y su penetración en Inglaterra;
- 4) Expansión ultramarina, obligada por España, Portugal y Holanda;
- 5) Implantación del sistema industrial;
- 6) Implantación del sistema parlamentario.

Estos dos últimos puntos, los más originalmente ingleses son también para Toynbee únicamente explicables, atendiendo al todo del cual Inglaterra es parte. A nosotros nos basta con la dosis de evidencia que el solo enunciado trae consigo: Inglaterra es sólo una parte, es fragmento de un todo más amplio que es Europa. Nótese que Inglaterra es una sociedad del mismo cariz que Francia, Italia, España o Alemania. A estas sociedades las llamamos naciones y nos parecen de un tipo distinto, de una especie distinta de la de tribu, aldea, etc. Estas sociedades, a su vez, son parte de un todo más amplio que las integra, de tipo distinto y que es lo que precisamos buscar como *campo histórico inteligible* para situar la historia de cada sociedad.

Se trata de encontrar un campo más amplio que lo que llamamos nación, para situar en él la realidad que es Inglaterra.

Si nos preguntamos por la extensión de la vida inglesa por ejemplo, cuando Toynbee escribía su libro hace veinticinco años, veremos que ésta era prácticamente ilimitada, abarcaba todo el planeta; no había isla del Pacífico a la que Inglaterra no llegara. Si tomamos en cambio la situación política, advertimos que el área de participación es más reducida. Su dimensión cultural comprende: Islas Británicas, Europa, América, Dominios, Oceanía y Sudáfrica. Si nos referimos al orden religioso, Inglaterra está incluida en el mundo cristiano, el cual ocupa un lugar casi idéntico.

Hay, pues, una falta de coincidencia, entre el espacio económico de Inglaterra que hace veinte años cubría todo el planeta, y su área de participación cultural, jurídica y religiosa. Pero es

claro que esos lugares donde actuó Inglaterra, son medios externos de donde se nutre, no el interno al que pertenece. En realidad, el origen de la economía inglesa y de su fuerza creadora, no está en esa universalidad, sino en su engarce político, religioso y cultural con esa sociedad de otra especie que llamamos *sociedad occidental*. Pasamos ahora a considerar los atributos definitorios de la sociedad occidental; lancemos una mirada a su desarrollo y vicisitudes históricas.

En el Imperio de Carlomagno aparece la sociedad europea con la misma faz que va a tener siempre, y salvo la ampliación de los descubrimientos, ha variado al Occidente muy poco.

Si miramos más allá del Imperio de Carlomagno ¿qué vemos? Lo primero que vemos es que no vemos. La sociedad occidental desaparece a nuestra vista, en su lugar encontramos detritus de otras sociedades, las glebas quedan aisladas; son, en suma, cuatro siglos de absoluta confusión por la invasión de los bárbaros. Es lo que Toynbee ha llamado «etapa de interregno» (*campo histórico ininteligible*). Epoca en la que no manda nadie.

Sin embargo, hay dos elementos que reconocemos, al retroceder a ese siglo carolingio; esos bárbaros que serán después fuerza renovadora. Carlomagno no fué sino un bárbaro con algún pulimento—, ellos serán nuestros reyes y, santos, nuestro Cid Campeador. *Y si se ha dicho que el espíritu español es más papista que el Papa, él fué más goticista que los godos y quiso imponer un arcaísmo goticista del que estaban lejos Alfonso VI y su corte. Ha sido un error no estudiar al Cid en su campo histórico, en ese maravilloso siglo XI, siglo en que casi en las mismas fechas se construye la primera iglesia gótica, se escribe la primera gesta y la primera canción trovadoresca; en suma, es el primer momento de auténtica reacción en que por primera vez Europa va a decir lo que ella es. (Ortega se promete un estudio demorado sobre el siglo XI).*

Si ahora tenemos contacto con el siglo IV situados en París, Londres o Madrid, nos encontramos con una sociedad plenamente organizada; el Imperio Romano. Probablemente advertimos que

esta sociedad es otra que la sociedad occidental. No nos sirven nuestras ideas, valoración y perspectivas para entender Imperio Romano. Pero el hilo de nuestro retrospectivo mirar al menos nos puede dar dos elementos que reconocemos: la Iglesia y los Bárbaros; en este siglo estos dos elementos existen también. ¿No indica la existencia de ambos elementos que nuestra sociedad se continúa en la sociedad del Imperio Romano? Veamos; *ver en historia es, por lo pronto, ver cada tiempo, ver cada tiempo con los ojos de su tiempo.*

Están allí, sin duda, la Iglesia y los Bárbaros, pero; ¡qué carácter tan distinto tienen, del que hoy posee para nuestros ojos! Aparece la Iglesia—para un romano—como un complejo espectáculo de usos y ritos que practican unos grupos ya numerosos de los bajos fondos del Imperio Romano. Cristo es un extraño dios de artesanos, cambistas extranjeros, etc. de la periferia, de los más pobres del mismo. Lo cual quiere decir que la religión triunfante y poderosa habría surgido de lo que Toynbee ha llamado «proletariado interno de la sociedad romana».

También allí están los bárbaros en una vaga lontananza. Más allá de los límites su presión ha obligado a formar un ejército permanente, es lo que se ha llamado el «limes».

Con esto hemos averiguado cosas importantes. Con nuestra mirada de regreso hacia el pasado, perdimos nuestra sociedad occidental, a la que siguió un período de interregno y más allá nos encontramos con otra maravillosa civilización, el Imperio Romano, a cuyo final hemos asistido y así hemos visto como concluye una civilización.

¿Es, acaso, ley incansable ésta de la sucesión de las sociedades amplias con sus etapas de culminación y decadencia o es acaso una ley de la historia?

Para responder a esta pregunta hay que indagar cada una de las civilizaciones que han existido y ver si siempre ha ocurrido así, lo que nos llevará a ver cuántas y cuáles han sido; esto a su vez nos conduciría a preguntarnos cómo se han originado. ¿Cuán-

les son los arquetipos de las grandes creaciones históricas, que son las grandes civilizaciones? Veremos su cultura y luego nos preguntaremos como declina el hombre, y si nuestro estudio nos da algo, miraremos nuestra civilización y nos preguntaremos ¿Qué podemos esperar? ¿Qué va a ser de ella?»

Ortega y Gasset, termina esta segunda lección con una de sus frases características:

«Reconocerán ustedes que el tema es suculento y dramático».

TERCERA LECCIÓN

Fiel a su consigna cursillista, Ortega y Gasset inicia su tercera lección resumiendo, parte por parte, las dos anteriores.

El filósofo español, es un pensador de rebote, y contragolpe, sostiene algunos de los asistentes.

¿Por qué en lugar de «hacer polvo» el libro de Toynbee, no nos da directamente su propia concepción de la Historia Universal?

Don José parece adivinar estos pensamientos cuando, de entrada, nos anuncia:

«La conducta científica consiste en eliminar menudencias y conseguir que quede en claro lo que importa, en este caso, conocer la significación de *Imperator e Imperium* porque así como Roma se convirtió en Estado Universal, también el mundo parece caminar hoy hacia uno o varios Estados de esta clase, de modo que implica algo en que nos va individualmente la vida».

* * *

Toynbee se lanza contra los historiadores contemporáneos por haber hecho la historia desde el punto de vista de sus propias naciones, como si fueran entidades independientes y autárquicas y en su censura adopta un tono acusatorio imputándoles un vicio moral, el más grave a su juicio: el nacionalismo, dando a esta

palabra no el sentido corriente de nacionalismo político, sino el de «espíritu de nacionalidad». Para Toynbee el simple hecho de ser nación, de ser *nacionales*, es casi un crimen, un pecado terrible y acude al Corán para buscar el nombre de un pecado semejante, y lo encuentra en la palabra «shirk» que, para los musulmanes significa asociar a la persona de Dios otro ser; un politeísmo, pero siendo la religión musulmana la religión del Dios único aquí vale a secesión, particularismo. Así, pues, en opinión de Toynbee, *ser nación equivale a particularismo colectivo*.

La idea no es de poca extravagancia y le impide darnos otro concepto de la nación, medianamente plausible.

No es posible leer estas páginas de Toynbee sin sentirse ofendido porque, con arbitraria solemnidad, nos lanza a la cara sus creencias privadas. Nada más lejano de la actitud teórica que está hecha de clarividencia y duda, y parte de admitir previamente todas las posibilidades. Teorizar es contar siempre con el prójimo y su posible discrepancia. La fe es una actitud cerrada hacia dentro del hombre; es íntima, ciega y tiene en la vida humana mucha mayor importancia que la ciencia; más por esta misma razón la expresión de una fe reclama ciertas precauciones. Toynbee parece inspirado por un odio personalísimo contra la nación, cuando nos lanza a la cara la idea que de ella tiene y su fe en otra cosa.

«Va para un cuarto de siglo—dice Ortega—que yo advertí que Europa tenía que superar el principio de nación como fórmula última de vida colectiva. Por eso tengo autoridad para no contentarme con una idea tan simple de lo que es «nación». No puede enseñarme Toynbee a no ser, a deshora, nacionalista. Porque este es el grave problema que hay en el mundo, en todo el mundo; el tema que fermenta a uno y otro lado del *telón de acero*. Por eso, cuando le veo tratado frívolamente, me siento tan sobrecogido como al ver a un niño jugar con una ametralladora...».

* * *

Al hacer la exposición del pensamiento histórico de Toynbee, habría que cumplir la crítica de su idea de nación y oponer otra. Habría que mostrar como es frívolo, falso, rayano en la insolencia, sostener que la ciencia histórica, en su época mejor trabajó inspirada en el nacionalismo. Niebuhr, Mommsen, Fustel de Coulanges y Ranke fundaron la ciencia histórica ocupándose de naciones distintas de las suyas; es más, de naciones que ya no existían. ¿Se puede hablar del nacionalismo romano de Mommsen? Ranke era universalista, escribió varias historias universales y una «Historia de los pueblos germano-romanos». En fin, habríamos de explicarnos cómo es posible tal imputación y de qué está hecho ese comportamiento y veríamos que es una fusión de impertinencia e inconsistencia.

Esta mixtura no es nueva; es un elemento de la vida inglesa que en cada época toma un nombre distinto, como el dandismo; una de sus formas más típicas, que sólo tiene sentido y gracia como el comportamiento mal educado de un individuo en una sociedad bien educada. Este comportamiento es muy frecuente en los autores ingleses y para explicarlo tendríamos que entrar en los *penetrales* del alma inglesa. ¿Es que se están perdiendo en Inglaterra las buenas maneras? Y en tal caso, ¿con qué se las sustituye? No es posible una sociedad sin un mínimo de buenas maneras. Inglaterra no se ha contentado con un mínimo sino que ha creado un tesoro ejemplar de buenas maneras. Sería grave que quisiera abandonarlo; grave para ella y para todos, porque sería de gran conveniencia que continuase todavía su influjo rector en el mundo; un influjo no apoyado ya sobre el poderío que bien pudiera consistir en parecer que no existe. Sería grave la desaparición de ese código de sus buenas maneras, que siempre ha sido advertido, encomiado, pero no explicado. Se ha dado por supuesto que es un añadido puesto, a su vida de gran

pueblo. Pero ¿no será al revés? ¿No será que no creo su sistema de buenas maneras porque era un gran pueblo sino que llegó a ser un gran pueblo por haber sabido crear ese régimen de buenas maneras? No vaya a ser que, dado el modo de ser de los ingleses como individuos, no le hubiera sido posible llegar a ser un gran pueblo de otro modo. Hay pueblos de pésimas maneras, pero en cambio, mejor dotados en sociabilidad. Los españoles que sólo hemos tenido un siglo de buenas maneras— precisamente aquel en que vivimos en plena forma—somos poco capaces de solidaridad colectiva, pero poseemos un fondo nativo de elemental sociabilidad inter-individual. Es difícil que en España haya Estado, pero no es posible que deje de haber tertulias y todo lo que esto implica a su lado y alrededor; el tejido de amigos y amigotes que es la urdimbre de nuestra vida social. El inglés, incapaz de tertulias es sumamente capaz de colaboración pública. No se ha reparado que muchas veces las virtudes y los vicios de una sociedad son distintos y contrarios a los de los individuos, y por eso, acaso nada sea más distinto de Inglaterra que un inglés».

A esta altura el conferenciante con el micrófono en una mano y el puntero en la otra va señalando en el mapa, los límites de la civilización occidental.

Ortega se ríe de su incómoda posición. «Nunca llegué a suponer que en el repertorio de mis posibilidades cupiera ésta que me asemeja a una sota de oros».

Junto a la sociedad o civilización occidental señaló las que la rodean: la ortodoxa-bizantina (Grecia, la otra parte balcánica y Rusia); la islámica (desde el Pakistán al norte de Africa); la extrema-oriental (con lo que Toynbee llama «el brote japonés») y la hindú.

«Respecto el futuro, aunque se habla de la posibilidad de un derrumbamiento, siempre automáticamente se levanta en nuestras almas la esperanza de que nuestra civilización no periclitará. Acaso sea propio de toda civilización creer en su eternidad,

pero ahora no se trata de creer sino de razonar y averiguar si todas las civilizaciones están consignadas a la muerte o si tal vez alguna, por una causa o gracia especial puede perennizarse.

En cuanto a sus límites pasados vimos cómo en el siglo VIII, el Imperio carolingio constituyó el espacio y el alma de nuestra civilización. Carlo Magno forjó ese Imperio con su espada, una espada, terrible, pero que tenía un nombre alegre «La joyeuse». En el siglo VII encontramos todo lo contrario de una civilización: un caos, un mundo derruido por la irrupción de los bárbaros, lo que Toynbee llama «el interregno». Siguiendo la marcha atrás en el tiempo volvemos a encontrar en el siglo IV, una civilización perfecta, un Estado universal (el Imperio Romano), un orden (la Pax romana) y una Iglesia universal originada en los senos profundos del «proletariado interno». En suma la civilización greco-romana, cuyos límites corren por las Islas Británicas (por debajo de Escocia) siguen las líneas del Rin y el Danubio, las costas del Mar Negro, penetran en alguna época hasta la India y continúan por el Norte de Arabia y de Africa. Es una constitución diferente a la de la civilización occidental, si bien tiene una parte común; nuestra civilización ha añadido todo al Norte de Europa. La línea que en la greco-romana constituía la frontera, el «limes», pasa a ser línea central, eje de la configuración de nuestra civilización occidental.

Es misterioso el destino de esta línea, pues si geométricamente ha pasado de ser límite extremo hasta esta fecha, ¿qué hay detrás de este extraño fenómeno? Esto exige una explicación. En Roma Imperio y emperador no significaban más que mando del Ejército; en la vida civil nadie mandaba, no se asociaba con la idea de autoridad la idea de mando equivalente a decisión de una persona. En la etimología de la palabra mandar (*mandare*) entra «*manus*», mano; la mano símbolo de fuerza y poder; «*manus*» en el vocabulario militar significaba fuerza bélica y la unidad táctica se llamaba «*manípulo*»; «*mandare*» era simplemente «enviar fuerzas del ejército». El magistrado civil no ha-

cía sino obligar al cumplimiento de las leyes; por eso Cicerón lo llamaba «ley viviente», no era persona, no daba órdenes emanadas de su albedrío personal, pero el ejército por necesidad tuvo que conferir a una persona la facultad de dar órdenes.

El emperador no era más que el jefe del ejército, y como éste, debía estar donde se combatía, en la frontera, en ésta estaba el poder del Emperador. Esa línea imperial, desplazada ahora, perdura, sin embargo, en su función histórica.

Ese añadido por el norte al espacio de la civilización greco-romana fué compensado por una enorme pérdida. En aquella, el centro estaba en el Mediterráneo para llegar a la costa frontera. Cualquiera que fuese la profundidad de las tierras, la vida greco-romana era vida costanera. Mientras nuestra historia es de tierras adentro y en ella resuena siempre el galopar de los caballos, la vida antigua está hecha por la nave. Cuando los antiguos se ponen a hacer leyendas crean la de los argonautas; cuando cuentan es la marcha errabunda de Ulises por el Mediterráneo; cuando sueñan, sueñan con navíos sin piloto, las misteriosas naves de los feacios y cuando va a empezar la ciencia es en una sociedad de hombres titulada «los Siempre Navegantes», que se reunían en un navío en alta mar. En lo profundo del alma antigua está el culto a la nave y a la oportunidad («oportunus» es la vía que conduce al puerto).

En 1937, tres años después de los primeros tomos de Toynbee, publicó Henri Pirenne su obra sobre «Mahoma y Carlomagno». En ella sostiene que es un error fechar el fin de la Antigüedad con la invasión de los bárbaros. Estos no modificaron la anatomía de la civilización greco-romana, no hicieron más que correrse por el área del Imperio romano. *La modificación se produjo cuando la invasión musulmana escindió el Mediterráneo y al separar sus costas dejó de ser éste el lugar de gravitación. Las flechas representativas tendrían que dibujarse hacia el Norte: toda la historia europea ha gravitado desde entonces hacia el Norte. Por aquella línea va a convertirse en eje y centro. Al*

morir Carlomagno se divide el Imperio entre sus tres nietos, a uno le toca el Norte, a otro el Occidente, pero a Lotario, al que ceñirá la corona imperial le corresponde un Estado de extraña forma, desde los países Bajos a Italia. Esto se consideró como un capricho, por esa habitual falta de respeto al pasado, pero cuando contemplamos esa faja vemos que en ella están las dos capitales imperiales, Roma, la del Imperio Romano, y Aquisgrán, la del Imperio carolingio. Pero más aún: la línea imperial romana de las batallas va a seguir siendo la línea por la que han tenido que luchar todos los que batallaron por el mando. Carlos V, después Felipe IV con sus soldados exhaustos, pelearon en la línea del Rin. Hoy se discute sobre la suerte del Ruhr; el eje de la civilización occidental ha conservado su función imperial».